

Los guardianes del zoológico de la desviación¹

Jock Young
Universidad de Bath

Vivimos en un mundo caracterizado por la extrema segregación de un grupo social de otro. La ciudad está dividida en áreas diferentes, y esta segregación residencial está reforzada por divisiones que ocurren en la escuela, en el trabajo y en las actividades de ocio. Tal como lo señala Frank Husgrave:

“La burocracia suburbana puede vivir año tras año sin más que un efímero contacto con cualquiera de un nivel diferente de ocupación, educación, o aún de otra civilización diferente a la de él. Su trabajo está en la oficina principal de operaciones, (jefatura) lejos de las operaciones de las fábricas, cuyos destinos él ayuda a moldear; ahí él se asocia con otros semejantes; viaja a casa en su carro aislado del contacto con cualquier otra clase de ser, hacia un área de sus iguales; su tiempo libre es gastado en el club con otros de su misma posición social. Hemos –inconscientemente– desarrollado, o modelado de-

*liberadamente campos sociales de concentración: lugares en los cuales una clase social está concentrada con la exclusión de los demás”.*²

Así, una clase está segregada de la otra, la gente joven de la vieja, la gente rica de los pobres, los criminales de los no criminales, los blancos de los de color.

Mas todavía, aún allí donde existe cercanía física, las distancias sociales mantienen segregación de un tipo muy real. Esto es precisamente a lo que Michael Harrington se refería cuando llamaba a la masiva pobreza oculta de América: “el país invisible”.

Nuestra sociedad se caracteriza por la exclusión; así como una clase se muda a un área; la mejor clase se retira, los jóvenes crean una conspiración de silencio para escudarse de los de edad mediana, estos a su vez encarcelan a los de edad madura, el hombre blanco teme al de color como vecino: creamos vas-

¹ Este trabajo fue publicado en inglés en la revista *Catalist* de julio de 1970 .

² Frank Musgrove, *The Migratory Elite*, Londres, Heinemann, 1963, p.111.

tos leprocomios en los cuales ponemos al delincuente, al loco, al incapacitado, al viejo, y dejamos todos estos descartados sociales a la tutela de los expertos en desviación: el psiquiatra, el trabajador social, el sacerdote; y el criminólogo.

Ahora bien, este proceso de segregación tiene consecuencias muy reales en términos de la reacción de la sociedad a sus así llamados desviados. Porque limita drásticamente la calidad de la información que recibimos en relación con la motivación, actitudes, conducta y humanidad de estos individuos. Y es debido a la información distorsionada con la cual somos bombardeados, debido a las caricaturas dementes que nos son presentadas, que nosotros —como los alemanes de 1940 inundados por la propaganda antisemítica— flagelamos ciegamente a estos chivos expiatorios, apoyamos la violencia organizada en contra de ellos bajo nuestro nombre, lamentamos el que ya no existan verdugos.

Si tomamos a un niño al que se le sorprende robando en una pequeña comunidad, su grupo social tiene un rico conocimiento multidimensional acerca del chico. Lo cual se deriva de un contacto cara a cara con él. Ellos lo conocerán no sólo como un ladrón sino también, en términos de una serie de atributos humanos; el joven alegre que reparte los periódicos, Stan, sobrino del colector de impuestos, el niño que trabajó en su tiempo libre en la tienda de la aldea, etc. En lugar de esto tenemos en las grandes sociedades urbanas solamente una pieza de información en relación con el niño, la que indica que él es un delincuente y en relación con esta etiqueta, percibimos un aura vaga, connotadora de prejuicios y fantasía.

Ahora bien: hay dos grandes fuentes interconectoras de esta información: los medios de comunicación de masas y el experto; y un examen del contenido de esta in-

formación, yo sugiero, nos dirá acerca de los deseos y estereotipos de los periodistas de clase media y de los expertos en desviación, lo que nos dice del estilo de vida del delincuente o del significado de su delito. Porque los grupos desviados son, por así decir, manchas de Rorschach vivientes, dentro de las cuales se proyectan los prejuicios e intereses de clase de estos hombres.

Las nociones adelantadas por los expertos difieren de las adelantadas por los periodistas en solamente un aspecto importante: son solamente más sofisticadas conceptualmente. Ellos son, aparentemente, más científicos, más elaborados, más tolerantes y más “progresistas”; pero detrás de esta fachada ellos contienen los mismo prejuicios, porque dentro del guante de terciopelo de la terapia y el tratamiento, se esconde la misma garra de hierro del castigo.

Los expertos son el personal que la sociedad contrata para construir las barricadas sociales entre el desviado y el hipostasiado ciudadano “moral”. Su tarea es elaborar teorías que expliquen las acciones desviadas al resto de la sociedad y el derivar de esas teorías, nociones acerca de los medios de curar, entrenar o tratar al desviado. O sea, este personal se prescribe para sí mismo como teniendo primariamente el rol terapéutico de asimilar “al pobre”, “al malajustado”, “a la personalidad inmadura”, “al poco socializado”, “al enfermo”, “al adolescente que se fue por el mal camino” dentro de los rangos de un consumo actual de la gente decente, bien integrada, con los cuales ellos se perciben a sí mismos como perteneciendo. Que sus clientes, los desviados, frecuentemente interpretan sus intentos de terapia como primitivos, y la coerción es vista como falta de visión interna; que unos pocos expertos renegados los atacan por ser ideólogos profesionales de valores de clase-media, lo cual es

considerado como una triste pérdida de objetividad.

El sello de estas teorías es que ellas tienden a negar la legitimación, o de hecho, la misma existencia de normas y valores que sean diferentes de los teóricos. Ellos desarrollan una serie de embrollos teóricos, cuyo resultado final es una total mistificación de la relación entre la sociedad y el desviado. Los siguientes principios son los que parecen operar:

1. Negación de la Autenticidad: El significado que los delincuentes individuales adscriben a su delito, o que los políticos “extremistas” adscriben a sus actividades; o las razones que los “junkies” (desechados) dan para explicar por qué consumen heroína, son ignorados. En vez de ello, causas “reales” son descubiertas en términos de “desórdenes de personalidad”, defectos genéticos o falta de control social; así por ejemplo, una persona roba un carro realmente porque fue separado de su madre en la temprana infancia, porque tiene XYY cromosomas sexuales o porque tiene un débil superyo. La acción en sí misma viene a ser desnudada de significado y cualquier conflicto acerca de la propiedad de las posesiones materiales es de alguna manera olvidada.

2. Negación de Existencia: Los valores y normas alternativas son percibidas como siendo de hecho una ausencia de valores; es decir, si él no sostiene tus valores particulares sobre sexo, economía o política, entonces el desviado no tiene valores en absoluto. Por ejemplo: “están actuando como animales”, “el drogadicto es impulsivo,

buscador de emociones y anormal”. Las normas hedonistas son las principales contendientes para este tratamiento.

3. Negación de la Integridad Personal: La desviación política, sexual y delictiva es adscrita no a la emergencia de estándares alternativos, sino a fallas de personalidad por parte de los individuos concernientes. Así, el comunista de Occidente es visto como poco socializado y el liberal en Rusia como un enfermo mental. La imputación de “personalidad débil” a los desviados es frecuentemente extendida a la clase trabajadora y a los negros en general. Porque es aquí donde, según las estadísticas, se originan los delincuentes. Esta visión interna y teórica, es vista como la que se ajusta a la evidencia espléndidamente. Así Eysenck escribe: “*hay muy buenas razones para asumir diferencias considerables entre las clases, con respecto al grado de socialización al cual ellos están sujetos*”³. Ahora bien, gente con muy bajo nivel de socialización es, según Eysenck, psicópata: así uno sería capaz de contribuir un *continuum* con bien balanceada gente de clase media, en un extremo y la clase trabajadora como un todo, tendiendo hacia lo último. La clase trabajadora no está, entonces, socializada adecuadamente, y Eysenck cierra el argumento citando sus bien sabidas predilecciones por la agresividad y el coito premarital.

4. Negación de la Libertad: El desviado es impulsado por fuerzas más allá de su control, las cuales son comprendidas correctamente sólo por expertos. Las actividades de la gente normal, por el otro lado,

³ H.J. Eysenck, *Sense and Nonsense: Psychology* (Harmondsworth: Penguin, 1958), p. 294.

son racionales y basadas en libre escogencia. Debemos compadecer al desviado, no castigarlo, porque él es incapaz –como nosotros– de evitar lo que está haciendo.

5. *Negación de la Cognición*: El desviado es incapaz de analizar las razones reales por las que actúa del modo como lo hace. Él necesita la cognición superior del experto para develar los factores ocultos que lo han motivado.

6. *Negación de Objetivos*: Los objetivos de los grupos desviados y las actitudes y conducta de sus miembros son sistemáticamente mal percibidos y mal interpretados. Dentro de los objetivos reales de tales grupos están proyectadas las obsesiones y fantasías de los expertos.

7. *Negación de Números*: Las actividades desviadas se piensa que ocurren sólo dentro de minorías pequeñas que están psicológicamente mal ajustadas o bien viven en áreas socialmente desorganizadas. Ahora bien, ahí donde los números de los individuos observados manifestando conducta desviada es obviamente grande, se le agrega una vuelta más a la teoría, la de la noción de los corruptores y los corrompidos. Así, la actividad desviada llega a ser, mágicamente, el resultado de un pequeño grupo de individuos mal ajustados (los corruptores) manipulado o seduciendo a la mayoría de los inocentes mirones (los corrompidos). Un golpe, entonces, es sin duda realizado por un pequeño grupo de Trotskistas, la ocupación de LSE por seis o siete militantes extranjeros, y cada fumador de marihuana es excitado por un agresor maquiavélico.

8. *Afirmación de Objetividad*: El estudio del fenómeno social, se insiste, debería estar libre de valores y utilizar conceptos objetivos tales como los que se usan en las ciencias naturales. Así, Robin

Blackburn describe esta posición sugiriendo que: “una vez que las teorías estén ‘limpias de todo juicio de valor’ se cree que serán gobernadas por la saludable disciplina de los hechos objetivos. La consecuencia predecible de este intento de purga de valores es el de orientar la teoría y la investigación hacia ciertas nociones de valor crudas y abstractas, enmarcadas como conceptos científicos”. Una “ideología de objetividad” emerge, pero la medida moral de esta objetividad son los valores de clase media. “Psicopatía”, “Anomia”, “Desorganización Social”, “Poca socialización”, “Inmadurez”, “Super-yo”, son todos conceptos valorativos a pesar de tener una aparente pretensión de objetividad.

Es divertido notar cómo estos principios son aplicados generalmente solo a la clase trabajadora, y así, si uno toma el “Ferrati-Affair” de 1963 donde la compañía sobregiró al Ministerio de Aviación en tal medida que eventualmente acordaron, después de un altercado, devolver 4.250.00 libras quedándose aún con un 21% de las ganancias. Este golpe criminal hace parecer a las actividades de los grandes ladrones de trenes un poco amateurs. Sin embargo, tan solo un criminólogo, que yo sepa, Dennis Chapman, ha sugerido que el Comité de Directores debería ser examinado psicológicamente, para ver si existen signos de super-yos débiles, baja socialización, personalidad inmadura o evidencia de hogares rotos, etc. Ni tampoco ha producido –hasta ahora–, ningún teórico de la subcultura, algún resumen de las actividades de la notoria Ferranti.

Ahora bien, estos expertos no son hombres cínicos, son gente sincera y dedicada que ven sus roles bajo una luz progresiva. Buscan “tratar” al criminal y al desviado, no castigarlo. Pero esta ideología de terapia es

inmensamente más capciosa y permite dimensiones de coerción y castigo que aún los menos iluminados y vindicativos de quienes apoyan el orden moral tendrían jamás la tenacidad de perseguir. Tal como lo expresa Ronall Laing:

*“Para trabajar tranquilamente es necesario que aquellos que usan esta estratagema no sepan ellos mismos que es una estratagema. No deberían ser cínicos o crueles, debería ser sinceros y preocupados. En efecto, mientras más ‘tratamientos’ son escalados a través de negociaciones (psicoterapia), pacificación (tranquilización), lucha física (camisas de fuerza y baños fríos), a la vez y al mismo tiempo, más y más formas humanas y efectivas de destrucción (electro-schochs y comas de usinas), hacia la solución de final de cortar el cerebro de una persona en dos o más pedazos por la psico-cirugía, mas aún los seres humanos que hacen esas cosas a otra gente, tienden a sentir sincera preocupación y lástima, y no pueden evitar sentirse más y más indignados, apenados, horrorizados y escandalizados por sus acciones. Y en cuanto a los pacientes, mientras más protestan, menos discernimiento despliegan; más se vengán, claramente más necesitan ser pacificados; mientras más perseguidos se sienten siendo destruidos, más necesario se hace destruirlos. Y al final de todo esto, puede que realmente estén ‘curados’, incluso pueden expresar gratitud porque ya no les queda mas cerebro para protestar por la persecución. Pero muchos no... Esto solo viene a mostrar, tal como un eminente psiquiatra me dijo, que: ‘Es la carga del hombre blanco, Ronald. No podemos esperar las gracias, pero debemos seguir adelante’”.*⁴

Mas aún el experto, debido a su posición de poder *vis a vis* con el desviado, tenderá a mantener su “discernimiento” teórico por un proceso que ha sido llamado la “negociación de la realidad” (T. Scheff). Esto es, él extrae del desviado, precisamente aquellas respuestas que tienden a verificar sus teorías y eso es una situación negociada, basada en la noción de que si tu –el desviado– eres cooperativo y ayudas y muestras discernimiento hacia tu problema, nosotros seremos cooperativos contigo, en tanto que obtendremos ayuda material para ti, te conseguiremos que seas soltado rápidamente, no te daremos terapia de schock, te daremos calor y simpatía o te protegeremos de la ley. En otras palabras, la terapia exitosa implica convencer al desviado de la estupidez de su propia idea acerca de lo que está haciendo, y una traducción de esta idea en las de la del terapeuta. A esto se lo llama “auto-percepción”.

Pero el experto no solo tiene el poder de negociar la realidad, determinar el tipo de información que está dispuesto a ver y escuchar, sino que también tiene el poder ara cambiar la realidad. El famoso dictamen de W. I. Thomas de que una situación definida como real en la sociedad, será real en sus consecuencias, tiene relevancia inmediata aquí, por cuanto uno esperaría que los estereotipos que el experto mantiene de lo desviados, tengan una consecuencia real para su futura conducta y la manera como ellos se perciben a sí mismos. Así Goffman en *Asilos*, traza lo que él llama la carrera moral del paciente mental, delimitando la manera en la cual las imágenes particulares que sostiene el hospital del en-

⁴ R.D. Lainy, “The Obvious” en *The Dialectic of Liberation*, ed. D. Coopca, Harmonds work: Penguim, 1968, p. 18.

fermo mental, son internalizadas y actuadas por el paciente. Así, particularmente en aquellos casos donde los individuos son encarcelados en instituciones totales por razones terapéuticas, el desviado comienza a través de un proceso auto-satisfactorio, a empezar a verse actuar y sentir como el anómico, sub-socializado, psicótico e individuo anormal al cual el personal terapéutico describe en sus teorías sobre desviación. Esta posición de poder tiene un efecto sobre el mismo experto. Así Lindesmith, en una crítica de una investigación conducida sobre adictos a las drogas, escribe:

*“Además de considerar los efectos de la institucionalización sobre los adictos, uno debe considerar también sus efectos sobre los investigadores. El investigador institucionalizado o el observador que esta acostumbrado a manejar reclusos en un escenario autoritario, tiende a asignar ciertos tipos de rasgos a aquello sobre los cuales ejerce un poder. Él está en una posición única para notar la comunicación de los reclusos que no responden como se piensa que deberían, al benevolente y bien intencionado programa impuesto sobre ellos. Por la larga familiaridad con la vida institucional, el algunas veces viene a darle poca significación a la pérdida de la libertad por los otros e incluso puede tener dificultades en comprender porque los adictos no parecen comprender porque los adictos están encerrados por su propio bien”.*⁵

Dentro de la institución total: la prisión, el hospital psiquiátrico, el borstal, el individuo es despojado de su autonomía; su privaci-

dad e identidad son violadas, su vida entera esta organizada burocráticamente, regulado el mas mínimo detalle y, frecuentemente por un periodo de años, el recluso es reducido a una dependencia cuasi pueril de sus captores. Tal como el papel sobre delincuente adulto anota cándidamente: “Algunos delincuentes están tan impedidos mental y físicamente, que las chances para su restablecimiento exitoso en la sociedad son necesariamente pequeñas. Necesitará apoyo continuo y excesivo por un muy largo tiempo, y hay sitios para mayores esfuerzos voluntarios aquí. La personalidad de algunos está tan desintegrada por los largos años de encarcelamiento que podría resultar deseable promover la provisión de hospedajes, posiblemente con un taller protegido, que para el resto de sus vidas les dará la misma sensación de seguridad que han experimentado en prisión. Si estos desafortunados pueden ser contenidos de esta manera, será mejor que devolverlos a la prisión y sus potenciales víctimas se beneficiarán”.⁶

No toda violencia es necesariamente física: el asalto prolongado de la sociedad sobre la dignidad y el sentido de la individualidad del desviado, los intentos de mortificarlo, distorsionarlo y manipularlo, son más reprensibles que el casual golpe físico así como las heridas que son producidas pueden, a veces, no cicatrizar. Violencia a esta escala: organizada, “racional”, tenaz y por encima de todo, sincera, puede hacer ver la esporádica violencia del delincuente como poco apasionada e inocua.

Ahora bien, dentro del campo de la crimi-

⁵ Alfred R. Lindesmith “Problems in the social psychology of addiction” en *Narcotics*. D.M. Wilmer and G.G. Kassebraum. (N.Y. Macgraw. Hill 1965) p. 131.

⁶ *The adult offender*. (London: OMSO. 1965) p.10.

fermo mental, son internalizadas y actuadas por el paciente. Así, particularmente en aquellos casos donde los individuos son encarcelados en instituciones totales por razones terapéuticas, el desviado comienza a través de un proceso auto-satisfactorio, a empezar a verse actuar y sentir como el anómico, sub-socializado, psicótico e individuo anormal al cual el personal terapéutico describe en sus teorías sobre desviación. Esta posición de poder tiene un efecto sobre el mismo experto. Así Lindesmith, en una crítica de una investigación conducida sobre adictos a las drogas, escribe:

*“Además de considerar los efectos de la institucionalización sobre los adictos, uno debe considerar también sus efectos sobre los investigadores. El investigador institucionalizado o el observador que esta acostumbrado a manejar reclusos en un escenario autoritario, tiende a asignar ciertos tipos de rasgos a aquello sobre los cuales ejerce un poder. Él está en una posición única para notar la comunicación de los reclusos que no responden como se piensa que deberían, al benevolente y bien intencionado programa impuesto sobre ellos. Por la larga familiaridad con la vida institucional, el algunas veces viene a darle poca significación a la pérdida de la libertad por los otros e incluso puede tener dificultades en comprender porque los adictos no parecen comprender porque los adictos están encerrados por su propio bien”.*⁵

Dentro de la institución total: la prisión, el hospital psiquiátrico, el borstal, el individuo es despojado de su autonomía; su privaci-

dad e identidad son violadas, su vida entera esta organizada burocráticamente, regulado el mas mínimo detalle y, frecuentemente por un periodo de años, el recluso es reducido a una dependencia cuasi pueril de sus captores. Tal como el papel sobre delincuente adulto anota cándidamente: “Algunos delincuentes están tan impedidos mental y físicamente, que las chances para su restablecimiento exitoso en la sociedad son necesariamente pequeñas. Necesitará apoyo continuo y excesivo por un muy largo tiempo, y hay sitios para mayores esfuerzos voluntarios aquí. La personalidad de algunos está tan desintegrada por los largos años de encarcelamiento que podría resultar deseable promover la provisión de hospedajes, posiblemente con un taller protegido, que para el resto de sus vidas les dará la misma sensación de seguridad que han experimentado en prisión. Si estos desafortunados pueden ser contenidos de esta manera, será mejor que devolverlos a la prisión y sus potenciales víctimas se beneficiarán”.⁶

No toda violencia es necesariamente física: el asalto prolongado de la sociedad sobre la dignidad y el sentido de la individualidad del desviado, los intentos de mortificarlo, distorsionarlo y manipularlo, son más reprensibles que el casual golpe físico así como las heridas que son producidas pueden, a veces, no cicatrizar. Violencia a esta escala: organizada, “racional”, tenaz y por encima de todo, sincera, puede hacer ver la esporádica violencia del delincuente como poco apasionada e inocua.

Ahora bien, dentro del campo de la crimi-

⁵ Alfred R. Lindesmith “Problems in the social psychology of addiction” en *Narcotics*. D.M. Wilmer and G.G. Kassebraum. (N.Y. Macgraw. Hill 1965) p. 131.

⁶ *The adult offender*. (London: OMSO. 1965) p.10.

nología ha crecido un cuerpo de sociólogos, la escuela de Chicago, quienes hasta cierto punto se han revelado en contra del tipo de experto y posición de valor implicados en las teorías referidas arriba. Principales entre estos son: Becker, Goffman, Lindesmith, Matza, Erikson y Kitsuse. Ellos tienen lo que Alvin Gouldner, en un artículo singularmente perceptivo, llamó: “una especie de identificación con el sometido”⁷. Tienden, por tanto, a identificarse con el desviado más que con la respetable sociedad.

Ahora bien, es esta escuela la que tiene, desde mi punto de vista, bastante justificadamente, la mayor cantidad de seguidores entre los jóvenes criminólogos, tanto en este país, como en los EEUU. ¿Es hacia esta gente, por tanto, hacia quienes deberíamos volvernos para encontrar una criminología libertaria? Yo pienso que no; puesto que esta escuela enfrenta un dilema entre el interés por sí mismos y la identificación con el sometido.

Tal como expresa Gouldner:

“Hay otros costos más prácticos que tendrían que ser pagados si Becker (o cualquier otro) anuncia su posición de una manera directa. Una directa afirmación de simpatía con el sometido, crearía dificultades prácticas a Becker como investigador. Porque él podría un día desear acceso a la información que tienen los que aplican y formulan la ley, quienes a su vez, pueden consternarse al escuchar que Becker se haya dispuesto a enfocarlos desde el mismo punto de vista que aquellos que ellos consideran una amenaza para la

*sociedad. De nuevo, puede crear una cierta incomodidad entre aquellos que directa o indirectamente, proporcionan los recursos que Becker, como cualquier otro investigador requiere. La expresión sin reparos de preocupación o simpatía hacia los sometidos choca con los intereses prácticos y profesionales del sociólogo”*⁸.

O como lo señala Dennis Chapman: “las ciencias sociales aceptan el estereotipo del criminal porque cuestionarlo, implicaría graves penalidades. Las penalidades son: ser aislado de la corriente principal de la actividad profesional, serle negados los recursos de investigación y negársele el patronato oficial con sus premios materiales y estatus”⁹.

El interés por sí mismos, conduce al criminólogo liberal de jugársela bien, o mantener “su imparcial posición de académico”, simpatizando con el recluso, pero solo en términos de una disminución de su condición, o tomando el viejo ataque al sistema pero siempre en términos de reforma gradual, del casual cambio aquí y ahí; carne dos veces por semana y televisión para los reclusos (*), nada que huelga demasiado a radicalismo. Él está más que todo descorazonado por las actitudes filisteas de la prensa y el público; él encarna una posición que, como arguye Gouldner:

“Expresa la satisfacción del Gran Cazador Blanco bravamente se arriesga a los peligros de la selva urbana para traer de vuelta un espécimen

⁷ Alvin Gouldner, “The sociologist as Partisan”. *American Sociologist*. Vol 3, Nº 2, mayo 1968, p. 104.

⁸ Op. cit.

⁹ Dennis Chapman, *Sociology and the Stereotype of the Criminal*, Londres, Tawstock, 1968, p.19.

* Esta observación puede ser aplicada también para

incluir aquellas que desean destacar la “necesidad” de los reclusos para ser sustituidos por programas de “rehabilitación” juvenil y adulta, dentro de comunidades locales a través de la escalación de grados, de los oficiales a prueba y los servicios sociales de la comunidad administrados a los “sub-socializados”.

exótico. Expresa el Romanticismo del curandero del zoológico que emperifolladamente despliega sus raros especímenes. Y como guardián del zoológico, él desea proteger su colección; él no desea que los espectadores tiren rocas a los animales detrás de las barras. Pero tampoco está ansioso de destrozarles las barras y dejar salir a los animales. La actitud de estos guardianes de zoológico de la desviación es crear una confortable y humana reservación india, un espacio social protegido, dentro del cual éstos pintorescos especímenes pueden ser exhibidos, sin ser molestados ni cambiados".¹⁰

¿No tiene entonces el criminólogo otro rol que el de ser, o bien un ideólogo pagado por el sistema, o un coleccionista de extraños especímenes de la humanidad, o un *connaissanceur* de conducta desviada? Hay, yo creo, una presionante necesidad por una anti-criminología, algo como la anti-psiquiatría de Cooper, cuya meta fijada es desmitificar las nociones actuales sobre la posición del delincuente en nuestra sociedad y denunciar la ideología de la criminología del sistema. Porque la criminología es política, toda su temática es la de las relaciones de poder, del conflicto sobre los recursos deseados, del modo de represión del débil y del guardia de la propiedad.

En 1968 Rainer Langhans y Fritz Teufel de la comuna de Berlín fueron juzgados bajo la absurda acusación de incitar incendio premeditado. Había pasado un cuestionario alrededor de Berlín con una lista de edificios, pidiéndole a la gente que marcara aquellos que as les gustaría ver arder; había un espa-

cio adicional para que la gente escribiera edificios no mencionados. Después de un largo juicio en el que los fiscales intentaron probar las anomalías psicológicas, sexuales y sociales de los miembros de la comuna, el tribunal decidió tal como sigue:

"Sobre la base de su estructura de carácter esencialmente anormal, especialmente en su conducta, sus conceptos y su modo de vida, tal como fue ejemplificado en los acusados durante el juicio de julio 6 y 7 de 1967, los acusados serán examinados tanto psiquiátricamente como neurológicamente por el Dr. Spengler, jefe de la Dirección de Salud del Instituto Nacional para la Medicina Forense y Social en Berlín. El experto tiene que presentar a la corte un veredicto extenso, escrito y científicamente basado".

Langhans y Teufel, en respuesta, reaccionaron ante el tribunal y propusieron que todos sus miembros, incluyendo el fiscal público, deberían ser examinados psiquiátricamente. También podrían someterse a un test de inteligencia cuyos resultados deberían ser publicados extensamente.

Alguna que otra vez las tortillas se voltean, cuando los locos cuestionan la salud de los psiquiatras; los delincuentes, la honestidad de los jueces; los pervertidos, la sexualidad de los decentes; y es en contra de la ideología de la normalidad, la hipocresía de los ricos, que debemos trabajar, exponiendo los temas de conflictos reales que subyacen cerca de la superficie de la mistificación y las habladurías de los expertos.

¹⁰ Gouldner, Op. cit., p. 106.